

PONTIFICIA COMISIÓN
PARA AMÉRICA LATINA

Reunión Plenaria 2014

LA EMERGENCIA EDUCATIVA
Y LA *TRADITIO* DE LA FE
A LAS NUEVAS GENERACIONES
LATINOAMERICANAS

Recomendaciones pastorales



LIBRERIA EDITRICE VATICANA

Pontificia Comisión para América Latina
Dirección Postal
Oficinas: Pontificia Comisión para América Latina
Palazzo San Paolo - V - 00120 Ciudad del Vaticano
Via della Conciliazione, 1 Tel.: + [39-06]-69883131
I - 00193 Roma Fax: + [39-06]-69884260
Email: pcal@americalatina.va - Web: www.americalatina.va

Foto de portada: Jornada Mundial de la Juventud (Rio de Janeiro, Brasil, 2013)

© Servizio Fotografico de « L'Osservatore Romano »

© Copyright 2014 - Libreria Editrice Vaticana
00120 Città del Vaticano
Tel. 06.698.81032 - Fax 06.698.84716

ISBN 978-88-209-9371-9

www.vatican.va

www.libreriaeditricevaticana.com

INTRODUCCIÓN

Del 25 al 28 de febrero del 2014 tuvo lugar en el Vaticano la Asamblea Plenaria de la Comisión Pontificia para América Latina. El tema escogido para los trabajos de esta asamblea fué: «La emergencia educativa y la *traditio* de la fe a las nuevas generaciones latinoamericanas».

Los Miembros y Consejeros de la Comisión Pontificia, entre los cuales hay numerosos Señores Cardenales y Obispos de diversos países latinoamericanos, ofrecieron muy ricas contribuciones y aportes que serán oportunamente recogidos en las Actas de dicha reunión.

Al final de la Asamblea Plenaria se realizó un intenso trabajo para recoger en forma orgánica un elenco de «recomendaciones pastorales» sobre el tema en estudio. En este folleto se presentan, pues, estas recomendaciones relativas a la «educación y evangelización de la juventud latinoamericana o, dicho en otras palabras, a la “pastoral juvenil”».

Los trabajos de nuestra Asamblea fueron coronados e iluminados por la audiencia que el Santo Padre concedió a todos los participantes el día 28 de febrero último día de la Reunión.

Estoy seguro de que este folleto será de gran interés y utilidad para los Obispos y Episcopados en América Latina y para todos los que, con diversas responsabilidades, están involucrados en esa urgente e importante tarea.

Cardenal **MARC OUELLET**, P.SS.
*Presidente de la Pontificia Comisión
para América Latina*

PONTIFICIA COMISIÓN
PARA AMÉRICA LATINA

Recomendaciones pastorales

El acontecimiento de la JMJ en Río de Janeiro: repensar la educación y la evangelización de la Juventud latinoamericana

1. En el curso del «Año de la Fe», en las arenas de la playa de Copacabana y en las calles de Río de Janeiro, en el Brasil, fuimos testigos, del 23 al 28 de julio de 2013, de un gran acontecimiento de gracia: el impacto de la fe católica celebrada con alegría y vitalidad. **En la Jornada Mundial de la Juventud se pudo ver y experimentar que, de hecho, «la Iglesia está viva», «la Iglesia es joven»,** como afirmaba el Papa Benedicto XVI al comienzo de la inauguración de su ministerio petrino.

El hecho inédito del primer Sucesor de Pedro venido del Nuevo Mundo americano, el Papa Francisco, que presidía esta Jornada, le dio a este acontecimiento una frescura evangélica y apostólica tal que la hizo llegar hondamente al corazón de los millones de jóvenes presentes. Fue evidente el lugar «más que

especial» que los jóvenes ocupan en el corazón del Santo Padre y, de tal modo, en el «corazón de la Iglesia». «Queridos jóvenes : Jesucristo cuenta con ustedes – les dijo el Papa Francisco –. La Iglesia cuenta con ustedes. El Papa cuenta con ustedes» (Homilía en la Santa Misa del 28 de julio del 2013), y con estas palabras expresó clara y sintéticamente la experiencia vivida en ese extraordinario acontecimiento.

Sin embargo, la misión de educación y evangelización de los jóvenes, si quiere alcanzar a todos los jóvenes latinoamericanos, transmitirles una fe sólida y proporcionarles los medios para que crezcan en una vida cristiana madura, no se puede limitar, por cierto, a estos momentos ápicos. La JMJ en Río fue una «siembra» en medio de un gran campo, pero no hay que dejar las semillas sin nuevas irrigaciones, sin cuidados, sin atender a su crecimiento, sin esperar y recoger todos sus frutos. Por eso, un tiempo decisivo de la Jornada Mundial de la Juventud es el del «día después». ¿Acaso se va diluyendo el entusiasmo y comienza a pesar el paso gris de los días y las horas, en el «*trajin*» de la cotidianidad, como si nada importante ocurriera?

La Jornada Mundial de la Juventud, que tuvo lugar en tierra latinoamericana con una vastí-

sima participación de jóvenes de sus distintos países, en esta hora del Papa venido de América Latina, exige profundos replanteamientos y relanzamientos en lo que concierne a la educación y evangelización de la juventud por parte de las Iglesias locales de todo el «continente de la esperanza». Requiere prioridades y criterios, compromisos y caminos, para hacer mucho más efectiva esa «opción preferencial por los jóvenes» que el Episcopado latinoamericano asumió en sus Conferencias Generales de Medellín (1968), Puebla (1979), Santo Domingo (1992) y Aparecida (2007).

Por eso, ha parecido especialmente oportuna la reflexión emprendida en la Asamblea Plenaria de la Comisión Pontificia para América Latina, que ha tenido lugar en el Vaticano del 25 al 28 de febrero de 2014, sobre el tema: «La emergencia educativa y la *traditio* de la fe a las nuevas generaciones latinoamericanas».

Rememorando la opción preferencial por la juventud

2. Es bueno recapitular sintéticamente, como memoria grata y comprometida, la opción preferen-

cial por los jóvenes en las sucesivas Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano.

Ya en la primera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Río de Janeiro (1955), se exhortaba a que «el apostolado (...) se intensifique en la juventud, proponiendo a consideración de los jóvenes la grandeza del ideal de vivir, trabajar y luchar por Jesucristo». En Medellín se retomaba el «Mensaje a los Jóvenes del Concilio» afirmando que «la Iglesia ve en la juventud la constante renovación de la vida de la humanidad y descubre en ella un signo de sí misma: 'La Iglesia es la verdadera juventud del mundo'». Es en Puebla cuando se formula explícitamente esa «opción preferencial por los jóvenes», señalando que «la juventud latinoamericana desea construir un mundo mejor y busca, a veces sin saberlo, los valores evangélicos» (...), de tal modo que «su evangelización no sólo llenará sus generosos anhelos de realización personal, sino que garantizará la conservación de una fe vigorosa en nuestro continente». Santo Domingo retoma literalmente esta opción, destacando que Jesús «sigue llamando hoy a los jóvenes para dar sentido a sus vidas». Y en Aparecida se usa la bella expresión de Benedicto XVI al llamarlos «centinelas del mañana», subrayando que están convocados «a

la renovación del mundo a la luz del plan de Dios», porque «no temen el sacrificio ni la entrega de la propia vida, pero sí una vida sin sentido». Así, «como discípulos misioneros, las nuevas generaciones están llamadas a transmitir a sus hermanos jóvenes (...) la corriente de vida que viene de Cristo».

El reiterado compromiso asumido por el Episcopado de América Latina requiere que esa opción sea efectivamente preferencial en la pastoral de conjunto de todas las jurisdicciones eclesísticas de América Latina y en la reflexión y programación de los episcopados nacionales.

Ante todo, abrazarlos con amor misericordioso

3. La primera actitud que se requiere de parte de la Iglesia y de todas sus comunidades y agentes pastorales respecto a los jóvenes es la de Jesús en el encuentro con el joven rico. Los evangelistas fueron testigos de que Jesús, antes de dialogar, antes de catequizar, antes de cualquier propuesta, «mirándolo a los ojos lo amó». **La primera actitud es abrazar a cada joven y a todos los jóvenes con un amor misericordioso, que sea reflejo de la misericordia del Padre, revelada y cumplida por el Hijo, por gracia del Espíritu Santo; amor misericordioso de la Iglesia Madre.** El ideal sería que todo joven pudiera

hacer experiencia de esa mirada de amor, de sentirse amado, y amado por un Amor que acoge, abraza y salva la vida de todos sus límites y miserias. ¡Un amor sin exclusiones ni discriminaciones preventivas! Es la misma experiencia del Papa Francisco cuando se define como «un pobre pecador en quien Dios puso su mirada». O la experiencia del joven Francisco de Asís que cambia su vida cuando se siente penetrado por la mirada del Crucificado de San Damián. ¿Acaso el Papa Francisco no propone una y otra vez esa misericordia misteriosa y desbordante que toca el corazón de las personas y, en especial, de los jóvenes? Es el Padre misericordioso de la parábola que está siempre a la espera de su hijo pródigo y que sale a su encuentro con los brazos abiertos para hacer fiesta con él. Si pensamos en la parábola del buen samaritano, no podemos «pasar de largo» respecto de los jóvenes que encontramos en los caminos de las ciudades y los campos, muchas veces heridos y abandonados, sino que tenemos que recogerlos con la *caritas Christi*. No mirarlos como objeto de «conquista», sino con la gratuidad del amor.

Se requiere una pastoral de escucha

4. Es cierto que las profundas y aceleradas transformaciones culturales y generacionales

que se están viviendo actualmente plantean muchas dificultades en lo que respecta a la educación y evangelización de los jóvenes. En América Latina y en todo el mundo se habla de «cambio de época». La aceleración vertiginosa de cambios, suscitados en especial por la mutabilidad de la tecnología, corre el riesgo de arrastrar, sobre todo a los más jóvenes, en un torbellino atemporal que atrae pero que al mismo tiempo marea y aliena, en el que abundan las «distracciones» que parecen inventadas para disolver el interés y la capacidad de plantearse preguntas honradas y fundamentales sobre el sentido y futuro de la propia existencia. Por eso, un reciente documento del Pontificio Consejo para la Cultura señala algunas actitudes verificables en las culturas juveniles emergentes como, por ejemplo el «presentismo» – es decir, la incapacidad de pensar el pasado y el futuro buscando únicamente el disfrute del presente –; el «emotivismo», como cerrazón a las preguntas de la razón acerca de la verdad o a las tendencias de la voluntad hacia el bien, buscando sólo la intensidad de los variables y efímeros sentimientos; o el «egocentrismo», como ruptura de las relaciones con realidades que están más allá de los deseos subjetivos. Y, sin embargo, emergen también – unas veces confusos y otras con singular lucidez – los anhelos de amor y «sentido», justicia y

felicidad arraigados en el fondo del «corazón». Indiferencias, transgresiones y búsquedas se dan en formas complejas.

Entran en crisis, pues, viejas seguridades. Por eso mismo, **la pastoral dedicada a la juventud ha de ser una «pastoral de escucha»**. No podemos dar por cierto que ya sabemos todo lo que hay que hacer para evangelizar a los jóvenes. Debemos estar muy próximos a ellos, en su compañía, conocerlos y escucharlos, para no correr el riesgo de responder a preguntas que ellos no se están haciendo. Escuchar a los jóvenes y hacer parte de su vida es la mejor manera que tenemos para un acceso más profundo a su corazón, a su libertad, a sus mentalidades, comportamientos y estilos. Más que rebuscados planes y estrategias pastorales, se requiere una **capacidad de presencia y compañía**, atentos a los «signos de los tiempos», en medio de las transformaciones actuales que influyen poderosamente en la vida de los jóvenes.

Ruptura en la transmisión generacional de la fe

5. La tradición católica todavía tiene cierta vigencia entre los jóvenes latinoamericanos. La agencia «Latinobarómetro» nos dice que el 68% de los jóvenes latinoamericanos afirman un sentido de pertenencia a la Iglesia católica y que el 20% de ellos

se declaran «practicantes» o «muy practicantes». El afecto y el entusiasmo que ha suscitado el Papa Francisco entre los jóvenes latinoamericanos es casi unánime. Muchos prejuicios y resistencias van cayendo. Sin embargo, «no podemos ignorar – como escribe el Papa Francisco en la Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 70 – que **en las últimas décadas se produjo una ruptura en la transmisión generacional de la fe cristiana en el pueblo católico.** Es innegable que muchos se sienten desilusionados y dejan de identificarse con la tradición católica», que crece «el número de los padres que no bautizan a sus hijos ni les enseñan a rezar, y que hay un gran éxodo para otras comunidades de fe». Por eso **«la pastoral juvenil, tal como estábamos acostumbrados a desarrollarla, ha sufrido el embate de los cambios sociales.** Los jóvenes, en las estructuras habituales, no suelen encontrar respuestas a sus inquietudes, necesidades, problemas y heridas. A los adultos nos cuesta escucharlos con paciencia, comprender sus inquietudes o sus reclamos y aprender a hablarles en el lenguaje que ellos comprenden. **Por esta misma razón, las propuestas educativas no producen los frutos esperados»** (Idem n. 105). En la V Conferencia General del Episcopado Lati-

noamericano y del Caribe se reconoció que «en la evangelización, en la catequesis y, en general, en la pastoral juvenil persisten también lenguajes poco significativos para la cultura actual y en particular para los jóvenes» (n. 100d).

La cuestión capital de la educación

6. Educar nunca ha sido una tarea fácil. Pero hoy cualquier tarea educativa parece cada vez más ardua y frágil. Por eso, el Papa Benedicto acuñó la referencia a una **«emergencia educativa»** para señalar la creciente dificultad que se encuentra para transmitir a las nuevas generaciones los valores fundamentales de la existencia, las normas de un correcto comportamiento y objetivos convincentes sobre los cuales construir la propia vida, tanto a nivel personal como social. ¿Cómo transmitir a las nuevas generaciones razones, ideales y conductas para afrontar toda la realidad y, en especial, para vivir y convivir, estudiar y trabajar, amar, luchar y esperar, asumir los sacrificios necesarios y crecer en humanidad, desarrollar las propias potencialidades y servir a la comunidad? Muchas veces ausente de los grandes debates y programas políticos, sin embargo, **la educación es cuestión capital para el futuro de las sociedades latinoa-**

mericanas. Sabemos que tiene una importancia fundamental el «capital humano» o, mejor dicho, de la formación integral de la persona y de todas las personas. La educación requiere más que nunca de grandes debates nacionales que involucren a instancias políticas, educativas, culturales y religiosas, así como a los padres de familia. Hay que estar convencidos de que no hay mejor inversión, ni mayor riqueza, ni capital más productivo y rentable, que el que despierta y cultiva la humanidad del hombre, y que lo hace crecer en la conciencia de su vocación, dignidad y destino. Si la educación no despierta y alimenta los anhelos de amor y verdad, justicia y felicidad, de los que está hecho el corazón de la persona, no es verdadera educación (Cf. *DA* 329-330).

Una emergencia educativa

7. En América Latina se asiste a un acelerado e intenso crecimiento de la escolarización, pero con altos porcentajes de deserción y una educación frecuentemente de baja calidad. Muchos niños y jóvenes sufren condiciones de pobreza, un déficit afectivo por la frecuente desintegración familiar, una instrucción desacompañada respecto de los ritmos y exigencias de sociedades cada vez más

complejas, incluso con grandes dificultades para motivar a los mismos estudiantes. Más aún, la acumulación de informaciones, conocimientos y técnicas no se conjugan en una auténtica educación de la persona. Se asiste a modelos educativos «centrados prevalentemente en la adquisición de conocimientos y habilidades» y que «denotan un claro reduccionismo antropológico, ya que conciben la educación preponderantemente en función de la producción, la competitividad y el mercado» (DA 328). Las preguntas más acuciantes de los jóvenes sobre el sentido de la vida, sus proyectos de futuro y el significado de la realidad quedan afuera de los recintos escolásticos, como si no fueran pertinentes. **Más que la familia y la escuela, son los medios de comunicación social, en plena revolución de las comunicaciones, los que van conformando la vida de los jóvenes por medio de su potente influjo capilar.** Mediante la proliferación ininterrumpida y caótica de imágenes e informaciones, bombardeados por millones y millones de estímulos de todo tipo, es muy difícil que logren afirmar su propia identidad, libertad y responsabilidad. La sociedad del consumo y el espectáculo va anestesiando los corazones, atrofiando sus deseos y sumiéndolos en una indiferencia respecto de sí y de los demás.

La responsabilidad de la familia

8. Hay que convocar a las familias cristianas en la indelegable e insustituible responsabilidad en la educación de los hijos, la transmisión de la fe y el acompañamiento en la incorporación a las comunidades cristianas, de la niñez y la adolescencia. El testimonio de amor fiel y fecundo de los padres y la profundidad de los afectos hacia los hijos son una marca indeleble para su crecimiento humano y cristiano. Los padres cristianos tienen el deber de transmitirles la fe católica que han recibido y los valores evangélicos que orienten su vida. La familia ha de ser «iglesia doméstica», comunidad de amor y vida en la que se aprenda a convivir y rezar juntos. En ella ha de vivirse la castidad como alma de un amor verdadero. Son los padres los primeros responsables de la educación de sus hijos al amor y al lenguaje de la sexualidad como don de Dios. Sin embargo, la educación y evangelización de la juventud no puede ignorar que cada vez más numerosos jóvenes proceden de madres solteras, de matrimonios separados, de uniones consensuales, de «combinaciones» conviviales de todo tipo. A ellos especialmente hay que mostrarles el rostro paterno de Dios y el rostro materno de la

Iglesia. Es el amor misericordioso la mejor medicina para las heridas que se sufren.

Todos esperamos mucho de las familias, sin embargo es importante situarse frente a la **fragilidad actual de la institución familiar**. ¿Son capaces, en general, las familias de llevar adelante esta educación de los niños y los jóvenes? El natural distanciamiento que se produce en la adolescencia se ha convertido en una ruptura de vínculos familiares y de impotencias de padres y madres, aunque se prolonguen los tiempos de cohabitación. Hay necesidad de recuperar concretamente, en experiencias de vida, los elementos más fundamentales que hacen la familia (espacios y tiempos de convivencia, expresiones de afectos, diálogos, trabajos, diversiones y oración) . Hay un contexto político, social, económico e ideológico que van quitando, de hecho, importancia efectiva a la familia. Además, la familia está muy maltratada y asediada por campañas de poderes que promueven la agresión contra la vida y la naturaleza y misión de la relación matrimonial. **La Iglesia ha de alentar a los matrimonios y familias cristianas a dar testimonio de la belleza y felicidad de su vida y, a la vez, alentar a los laicos católicos a custodiar y defender esa célula básica del tejido humano y social en**

la plaza pública. Los «no» que se nos obliga a dar en el debate público son necesarios, pero de por sí no atrayentes. Las mujeres y niños y los jóvenes son las mayores víctimas de dichas campañas, necesitados de especial compañía y protección. Tanto el machismo como la ausencia de la figura masculina y paterna constituyen graves taras para el crecimiento humano y cristiano de los jóvenes.

El diálogo intergeneracional

9. La «cultura del encuentro» que el Papa Francisco propone requiere «el diálogo intergeneracional», pues los jóvenes no pueden ser comprendidos aislados del tejido familiar y social: «Un pueblo tiene futuro – dijo el Papa durante el vuelo que lo llevaba al Brasil – si va adelante con los dos puntos: con los jóvenes, con la fuerza, porque lo lleven adelante, y con los ancianos porque ellos son los que aportan la sabiduría de la vida». En su alocución a los dirigentes de la sociedad en Río de Janeiro, el Papa Francisco destacó que «el único modo de que una persona, una familia, una sociedad crezca; la única manera de que la vida de los pueblos avance, es la cultura del encuentro (...)». Ésta se manifiesta en «el diálogo entre las generaciones, el diálogo con el

pueblo, la capacidad de dar y recibir, permaneciendo abiertos a la verdad (...)».

Ante la frecuente ausencia de los padres, absorbidos por sus tiempos de trabajo, los abuelos juegan cada vez más un papel fundamental como compañía de los niños y jóvenes: transmitiendo la sabiduría de la vida los ayudan a tomar conciencia de pertenecer a una historia, a un pueblo, a una nación, a una familia. Se convierten también en protagonistas de la *traditio* de la fe. «Esta relación, este diálogo entre las generaciones – dijo el Papa en el ángelus del 26 de julio de 2013 – es un tesoro que tenemos que preservar y alimentar». Por eso el Papa pidió en la Jornada Mundial de Juventud de Río a los jóvenes presentes que saludaran a sus abuelos como gesto de gratitud y cariño.

La alianza entre familias y escuelas católicas

10. Es muy importante que pueda promoverse una alianza entre familias cristianas e instituciones escolásticas católicas. La libertad de educación es un principio fundamental que se expresa, entre otras cosas, en la libertad y pluralidad de instituciones educativas. Escuelas, colegios y universidades católicas son instituciones que la Iglesia ha siempre promovido, creado y valorizado. Importa que las comunidades

religiosas con carisma y vocación educativas tengan muy presente la importancia actual del servicio que prestan a las personas, familias, sociedades e Iglesias con sus instituciones escolásticas. El cierre de cualquiera de estas instituciones es, por lo general, una herida para la Iglesia y un fracaso educativo. Es de desear y alentar que, ante la imposibilidad de continuar la gestión de dichas instituciones escolásticas, las comunidades religiosas las ofrezcan a la Iglesia diocesana, que tiene que preocuparse por la formación de maestros y docentes a todos los niveles con una seria responsabilidad y visión católicas. Es también muy importante educar a los padres de familia a responsabilizarse por y en las escuelas católicas, sin delegar sólo a ellas la educación de sus hijos. Lo fundamental es que estas instituciones escolásticas no diluyan sino que fortalezcan su identidad católica, que ha de manifestarse en toda la comunidad educativa, en las enseñanzas impartidas, en la calidad formativa y en su sensibilidad y proyección sociales. No pocas veces estos centros aparecen confusos en sus propuestas pedagógicas, desprovistos de un proyecto educativo con bases antropológicas sólidas e incapaces de transmitir la fe. Al contrario, su razón de ser es anunciar y transmitir una visión cristiana del hombre y de la realidad. Por eso, se requiere que los centros educativos

católicos estén animados por núcleos directivos y docentes bien arraigados en la comunión de la Iglesia y entusiasmados por comunicar el Evangelio de Cristo como factor decisivo de crecimiento en humanidad.

Comenzar y recomenzar desde el encuentro con Jesucristo

11. Toda educación católica y evangelización de la juventud ha de estar centrada y animada por lo esencial del mensaje evangélico, o sea el redescubrimiento de la alegría de ser cristianos gracias al encuentro personal con Jesucristo, Dios encarnado, muerto y resucitado para nuestra salvación. Es la belleza de Dios que atrae por medio del estupor de ese encuentro. También para los jóvenes vale aquello de la Encíclica *«Deus caritas est»* cuando dice que «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva». **Lo primero, primordial y esencial es la proclamación del «kerygma» a los jóvenes.** Como escribe el Papa Francisco en la *«Evangelii Gaudium»*, hay que invitar a cada cristiano – y nosotros decimos aquí a cada joven – «en cual-

quier lugar y situación se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso». Estas fueron las preguntas que el Papa dirigió a los jóvenes en Copacabana: «Hoy Jesús nos sigue preguntando: ¿Querés ser mi discípulo? ¿Querés ser mi amigo?, ¿Querés ser testigo del Evangelio? (...). ¿Estás dispuesto a entrar en esta onda de la revolución de la fe?». ¡No se trata de comunicar sólo «valores cristianos», sino a Cristo mismo! Puede ser muy ilusorio pretender anteponer una formación doctrinal, moral y social a los jóvenes, dando por presupuesta, siempre en modo cada menos real, la fe en Jesucristo.

Toda catequesis que no esté precedida y animada por un encuentro personal con el Señor, o que no conduzca a Él, corre el riesgo de ser incapaz de conducir a un auténtico compromiso cristiano. Es cuestión fundamental repensar a fondo los itinerarios de iniciación cristiana. Éstos tienen que llevarlos hacia un encuentro con el Señor, que se haga experiencia viva en la participación sacramental y litúrgica. En efecto, la Sagrada Liturgia es uno de los lugares privilegiados de ese encuentro, pues por su Espíritu Jesús está presente en la Iglesia, sobre todo en las acciones

litúrgicas. El misterio de Cristo es comunicado a los fieles en la proclamación de la Palabra y en la celebración de la Eucaristía. Hay que renovar siempre y alimentar ese encuentro, especialmente en la eucaristía, pero también en la oración personal y en la *lectio divina*, así como en el servicio a los pobres. «Óiganlo bien – advertía el Papa a los jóvenes en un encuentro vocacional del 7 de julio de 2013 en el Aula Pablo VI –, la evangelización se hace de rodillas».

Discipulado, camino de formación cristiana

12. Desde la iniciación cristiana hasta la maduración en la fe, el encuentro y seguimiento de Cristo, que ha de volverse familiaridad y comunión con Él, han de marcar el camino de un discipulado cristiano de los jóvenes. Ante el clima de desintegración social y de crisis familiar cada vez más general, es esencial transmitirles el sentido «filial» que les da la relación personal con Jesucristo, que los coloca en la dimensión de ser «hijos en el Hijo». Hijos, en primer lugar, de un mismo Padre y hermanos en Cristo.

La formación cristiana de los jóvenes requiere mucha paciencia. Implica tomar conciencia de su dignidad bautismal, como «criaturas nuevas», rege-

neradas como hijos de Dios, miembros del Cuerpo de Cristo y templos del Espíritu Santo. Un proceso mistagógico ha de conducirlos a vivir y celebrar los misterios de la fe, la sacramentalidad de la Iglesia y, en especial, la participación frecuente en los sacramentos de la Reconciliación y de la Eucaristía. Es necesario también que crezcan en el conocimiento de los contenidos fundamentales del «Catecismo de la Iglesia Católica». Además, inseparablemente, su discipulado los llevará a conformar la vida en el estilo de las bienaventuranzas. Signo esencial del crecimiento cristiano será el de amar a Dios y a sus hermanos, especialmente a los más necesitados. Tienen que ser, incluso, ayudados a crecer en una mentalidad cristiana como discernimiento y juicio ante todas las situaciones de la vida. Se les debe proponer su vocación a la santidad, forjados en una disciplina de oración. No se puede caer en una suerte de pelagianismo, confiando sobre todo la pastoral juvenil a un activismo de iniciativas, reuniones y actividades, sin considerar la acción del Espíritu que nos precede en el corazón de cada joven y en los ritmos propios de la gracia de Dios. Por ejemplo, se corre el peligro de distanciar excesivamente el sacramento de la confirmación en la edad de los jóvenes, sin considerar que de tal modo se

retrasa considerablemente la recepción de los dones del Espíritu. Toda verdadera obra evangelizadora se adecúa a los dones y ritmos del Espíritu, discerniendo sus mociones.

Amar a María como Madre

13. El sentido de filiación mariana, tan importante en la religiosidad latinoamericana, tiene un lugar central en la transmisión de la fe a los jóvenes, pues contribuye enormemente –como señala el Documento de Aparecida– «a hacerlos más conscientes de su común condición de hijos de Dios y de su común dignidad ante sus ojos» (DA 37). En este mismo sentido, es significativa la referencia del Papa Francisco –dirigiéndose a un grupo de jóvenes peregrinos de Piacenza Bobbio el 27 de agosto del 2013– a María como «Madre de la belleza, la Madre de la bondad y la Madre de la Verdad, para pedirle la gracia del coraje», pues ella puede obtenerles, como afirmaba el Papa, «la gracia del valor para ir hacia adelante y contracorriente». María es la madre llena de cariño, ternura, consuelo, protección y esperanza. Sería muy constructivo pensar con creatividad en promover un movimiento de peregrinaciones marianas y, especialmente, en dar a conocer más a la juventud latinoamericana.

americana el significado del «evento guadalupano» y el mensaje del «*Nican Mopohua*», pues la belleza y la profundidad de su contenido pueden ser un camino muy efectivo para un encuentro personal con esta dimensión esencial de la vida cristiana del joven que es la filiación mariana.

La vida cristiana como vocación

14. La vida cristiana es ante todo «vida». Enseñar a los jóvenes a ser cristianos, no consiste sólo en mostrarles la «dimensión espiritual» de su existencia, con algunos momentos que la alimentan; evangelizar es enseñar el arte de vivir y mostrar el cristianismo como el camino más humano y más pleno de vivir la vida en general. En esto consiste la tarea educativa: **acompañarles y ayudarles a descubrir la propia vida como vocación.**

Todo cristiano es un «llamado». Los dones de Dios son para responder a dicho llamado. **Hay que ayudar a los jóvenes a descubrir los caminos por los cuales Dios los llama a vivir su vocación cristiana, sea en el matrimonio, sea en el sacerdocio ordenado, sea en la vida consagrada. La pastoral juvenil es pastoral vocacional.** La perspectiva vocacional es transversal en todos los estados y edades

de la vida. Hoy se requiere que la preparación al matrimonio no se reduzca a algunas charlas episódicas inmediatamente previas al sacramento, sino que haya un camino de formación en el amor, que tenga muy presente una adecuada educación en la afectividad y sexualidad, creando un itinerario del noviazgo según modalidades a definir, para que los futuros esposos tengan conciencia de que se trata de una muy seria y hermosa vocación matrimonial. Ciertamente es que esta educación para el amor, a la afectividad y a la sexualidad sanas, es necesaria para todos los estados de vida. Si bien América Latina necesita multiplicar sus matrimonios y familias cristianas, comprometidas con la fe y la Iglesia, es evidente que necesita también muchas más numerosas vocaciones sacerdotales y consagradas. Cuantas más familias y comunidades cristianas estén llenas de alegría y entusiasmadas por la fe y la oración, ciertamente habrá más respuestas al llamado al sacerdocio y a la vida consagrada. Hay vastos sectores de nuestros pueblos sin la presencia cercana y constante de un sacerdote, lo que facilita la atracción a otras comunidades cristianas y a diversas sectas. «Donde hay vida, fervor, ganas de llevar a Cristo a los demás, surgen vocaciones genuinas», aseguraba el Papa Francisco en Río de Janeiro.

Acoger y promover el protagonismo de los jóvenes

15. Es necesario educar a los jóvenes en ser protagonistas de su propia vida, de la vida en los ambientes y de la sociedad en que están insertos y también de la vida de la Iglesia. Han de crecer así contra las tentaciones del indiferentismo y el relativismo imperantes en la cultura. En una Iglesia realmente viva los jóvenes deberían pasar espontáneamente de meros espectadores o «víctimas» a considerarse verdaderos protagonistas y responsables del crecimiento personal y del cambio social. Para ello se requiere educarlos en una cultura del estudio y del trabajo, corresponsabilizarlos en todos sus ambientes de vida, darles los elementos para que cuenten con una comprensión adecuada de los dinamismos sociales y un juicio crítico respecto de las estructuras y mentalidades que atentan contra la dignidad de la persona humana y el bien común. Corresponde a las nuevas generaciones ser fuerza activa de transformación y construcción social, hacia condiciones de mayor fraternidad y justicia en la convivencia. Es importante que movimientos juveniles afronten con pasión los desafíos del desarrollo, la democratización y la integración de América

Latina. «Chicos y chicas, por favor – les exhortó el Papa Francisco en Copacabana – no se metan en la cola de la historia. Sean protagonistas. Jueguen para adelante». Sean «protagonistas del cambio. Por favor, no dejen que otros sean los protagonistas del cambio. Ustedes son los que tienen el futuro».

Junto con ello se trata de educar, proponer y promover un mayor protagonismo de los jóvenes en la vida y misión de las mismas comunidades cristianas. No son sólo destinatarios de la acción pastoral sino sujetos que se comprometen activamente en todas las comunidades, actividades e iniciativas eclesiales.

La experiencia comunitaria es muy importante y sentida por los jóvenes. El «sentido de pertenencia» ayuda al arraigo y crecimiento en la fe. Los jóvenes tienen que ser ayudados a sentirse parte de la Iglesia a título pleno, como sus miembros legítimos. Vivir la Iglesia como familia, como casa y escuela de comunión, resulta fundamental para que los jóvenes crezcan en un amor a la Iglesia, como sacramento de unidad y salvación. Como señala el Papa Francisco, «es la vida fraterna y fervorosa de la comunidad la que despierta el deseo de consagrarse enteramente a Dios y a la evangelización, sobre todo si esa comunidad viva ora insistentemente por las vocaciones y se

atreve a proponer a sus jóvenes un camino de especial consagración» (EG 107). Asimismo, los movimientos eclesiales y nuevas comunidades son canales, compañías y caminos de participación de muchos jóvenes en la vida y misión de la Iglesia.

Es importante que los Obispos convoquen periódicamente grandes eventos diocesanos o nacionales de juventud, que tengan similar atracción, capacidad de formación y fuerza misionera que las Jornadas Mundiales de la Juventud, poniendo a los jóvenes frente a la realidad de la persona de Jesucristo.

La Iglesia puede también crear y proponer con creatividad nuevos espacios de encuentro, además de los tradicionales, para favorecer el contacto de los jóvenes entre sí y de ellos con los Pastores. En ese sentido, convendría recuperar y reformular la experiencia de los Oratorios y adecuarlos a las situaciones actuales de vida de los jóvenes. La juventud se siente también atraída por lugares, modalidades y tiempos fuertes de espiritualidad, así como por la liturgia, cuando ella es celebrada en toda su dignidad y belleza. Un ejemplo de ello es la acogida que han tenido por parte de los jóvenes las celebraciones eucarísticas y los momentos de adoración eucarística celebrados en las recientes Jornadas Mundiales de la Juventud. Se

debe favorecer y potenciar, por lo tanto, la devoción eucarística y otras actividades como procesiones, peregrinaciones, ejercicios espirituales...

Cuanto más arraigue ese sentido de pertenencia, más los jóvenes se convertirán en apóstoles de otros jóvenes. Es fundamental movilizar todas las mejores energías juveniles para encauzarlas en la gran tarea de una «nueva evangelización», especialmente en todos los ambientes de la juventud.

Conversión de la pastoral juvenil

16. La exigencia de «**conversión pastoral**» resulta muy necesaria para la realización de una pastoral de juventudes. Es toda la comunidad – señala el Papa Francisco en la «*Evangelii Gaudium*», n. 106 – que educa y evangeliza a los jóvenes. Ya no se trata de repetir cansinamente lo que se está acostumbrado a hacer al respecto. Las pastorales juveniles en las diversas Iglesias locales de América Latina resultan, en general, episódicas, fragmentarias y muy limitadas. No basta con la mera repetición literal de la doctrina cristiana, ni con tener reducidos grupos de jóvenes ocupados en actividades eclesíásticas.

Todas las comunidades cristianas han de ser especialmente acogedoras para los jóvenes y cercanas a

ellos en sus diversos ambientes de vida: escuela, familia, trabajo..., atentas a sus necesidades, sufrimientos y esperanzas, llenas de afecto, comprensivas.

Los Obispos estén cercanos y dediquen todo el tiempo necesario a la juventud. **Los jóvenes necesitan encontrarse con testigos creíbles, modelos y referencias fuertes de vida cristiana, que lleguen a ser padres y maestros.** Hay que preparar buenos sacerdotes para acompañar a los jóvenes en su camino de discípulos misioneros, ajenos a todo paternalismo clerical o mera fraternidad sin paternidad. El presbítero debe prepararse para presentar el mensaje de Cristo como «una interpelación válida, comprensible, esperanzadora y relevante para la vida del hombre y de la mujer de hoy, especialmente para los jóvenes» (DA 194).

Durante los estudios y la experiencia pastoral en los Seminarios y Noviciados se requiere también preparar a los futuros sacerdotes y religiosos/as para ser sujetos de una auténtica pastoral juvenil. Se tenga en cuenta, al respecto, que muchos jóvenes que ingresan a los Seminarios y Noviciados llevan consigo muchas heridas provocadas por desgarramientos matrimoniales y familiares, así como dificultades en la formación de su personalidad, de su temple humano, de

su afectividad, trayendo consigo, muchas veces, una deshilachada tradición cristiana.

Salir misionero hacia y con los jóvenes: ¡callejeros de la fe!

17. La conversión pastoral tiene que ser, a la vez, una **conversión misionera**, superando toda auto-referencialidad o ensimismamiento eclesiales, incluso de grupos juveniles católicos. **Hay que animar a los jóvenes católicos a «salir» e ir al encuentro de sus coetáneos, en sus más diversos ambientes de vida.** «Los jóvenes deben decir al mundo: es bueno seguir a Jesús; es bueno ir con Jesús; es bueno el mensaje de Jesús; es bueno salir de uno mismo a las periferias del mundo y de la existencia, para llevar a Jesús», decía el Papa Francisco el 24 de marzo del 2013.

¿Somos conscientes de que la mayoría de los jóvenes no participan en la vida de nuestras comunidades cristianas, no asisten a la Misa dominical y se sienten lejanos de la Iglesia? La prioridad misionera tiene que apuntar a todos esos jóvenes a los que ni se les ha ocurrido ni han estado mínimamente interesados en concurrir a la Jornada Mundial de la Juventud. El testimonio de los jóvenes católicos ha de ser tal que amigos, compañeros y los otros jóve-

nes que encuentran se sientan atraídos por su forma de vida, por la alegría y esperanza que comunican, por el amor que vuelcan a los demás, por su solicitud en el servicio a los necesitados, por su compromiso por la transformación de estructuras sociales inicuas y al servicio de la vida, de la dignidad de las personas, del amor a sus pueblos. Han de mostrar en la propia vida que el encuentro con Cristo ha sido para ellos la sobreabundante respuesta a los anhelos de amor y verdad, felicidad y justicia que llevan en su corazón.

Repitamos a los jóvenes lo que dijo el Papa Francisco en Copacabana: «La fe es una llama que se hace más viva cuanto más se comparte, se trasmite, para que todos conozcan, amen y profesen a Jesucristo, que es el Señor de la vida y de la historia». Y después proseguía así: «La Iglesia necesita de ustedes, del entusiasmo, la creatividad y la alegría que los caracteriza. Un gran apóstol del Brasil, el beato José de Anchieta, se marchó a misionar cuando tenía sólo 19 años. ¿Saben cuál es el mejor medio para evangelizar a los jóvenes? Otro joven. ¡Este es el camino que ha de ser recorrido por ustedes!». Por consiguiente, «¡qué bueno es que los jóvenes sean ‘callejeros’ de la fe, felices de llevar Jesucristo a cada esquina, a cada plaza, a cada rincón de la tierra!», escribe el Papa Francisco en la *Evangelii Gaudium*, n. 106.

El vasto mundo universitario, tierra de misión

18. El vasto mundo universitario latinoamericano es, para la Iglesia, tierra de misión. En las últimas décadas han crecido mucho las matrículas universitarias en América Latina. Está claro que la «pastoral universitaria» ha sido muy descuidada en las Iglesias locales de América Latina. La presencia de la Iglesia en la cultura y en los ambientes universitarios es escasamente significativa e incisiva.

Las Universidades católicas acogen sólo a una muy escasa parte de las juventudes universitarias. Además, es muy insuficiente y marginal lo que la Iglesia ofrece realmente en la educación y evangelización de las juventudes universitarias, especialmente en los ámbitos de las Universidades estatales o de las privadas no confesionales. Esta desproporción es tanto más grave cuanto se da en relación con la formación de sectores profesionales, intelectuales y dirigentes que tendrán importantes responsabilidades en el futuro de las naciones.

No faltan algunas experiencias positivas de capellanías y parroquias universitarias, así como de movimientos eclesiales, pero es toda la Iglesia local en su conjunto, incluso la Conferencia episcopal, que tiene

que afrontar a fondo este vacío y la consiguiente responsabilidad evangelizadora. Renovar, replantear y revitalizar la pastoral juvenil requiere necesariamente hacerlo en relación con la pastoral universitaria.

Anunciar el Evangelio en el continente virtual

19. Así como la Iglesia continúa enviando misioneros a los cinco continentes, ahora está llamada a enviar misioneros para **anunciar el Evangelio en el nuevo «continente» virtual creado por Internet y las redes sociales**, en medio de la intensa y acelerada revolución de las comunicaciones que ve a los jóvenes como «nativos digitales». Hay, pues, que conocer la cultura digital, en sus providenciales oportunidades para difundir el Evangelio y también en sus límites. Las redes sociales tienen enorme influencia en la vida de los jóvenes. Para llegar a la generación digital, la Iglesia debe tener una presencia pastoral en las plataformas de los medios sociales, incluso con una estrategia pastoral en el anuncio del Evangelio a través de ellas. La riqueza de símbolos visivos, música e imágenes sensibles de la tradición católica dan hermosas posibilidades al respecto. Se necesita una nueva generación de evangelizadores y apologetas, llenos de entusiasmo, para encontrar nuevas maneras de en-

contrarse con las personas en su búsqueda de la verdad en los mundos virtuales de Internet. Los jóvenes católicos son un potencial enorme para esta actividad evangelizadora, y ya hay muchas experiencias importantes en este sentido; ellos – señala el Papa – «nos llaman a despertar y acrecentar la esperanza, porque llevan en sí las nuevas tendencias de la humanidad y nos abren al futuro, de manera que no nos quedemos anclados en la nostalgia de estructuras y costumbres que ya no son cauces de vida en el mundo actual» (EG 108). Es por ello que debemos considerar con atención los nuevos «territorios de misión», aunque cabe tener siempre presente que la lógica de la encarnación hace que la comunicación del Evangelio necesite siempre pasar de persona a persona, de experiencia a experiencia, en todo el entramado de la vida real.

Compañía y solidaridad con los jóvenes que sufren condiciones de pobreza

20. Una Iglesia pobre y para los pobres tiene que ser compañía especial de todos los jóvenes ¡y son tantos en América Latina!, que viven en condiciones de pobreza e indigencia. Son los rostros de jóvenes en los que se perpetúan las tendencias desigualdades sociales, «que reciben una edu-

cación de baja calidad y no tienen oportunidades de progresar ni de entrar en el mercado del trabajo para desarrollarse y constituir una familia» (DA 65). Son los rostros de jóvenes desempleados o sumidos en empleos informales muy precarios, que no se sienten motivados ni para la escuela ni para el trabajo, y que muchas veces tienen que emigrar en condiciones penosas. Son los rostros de los jóvenes que viven en condiciones de marginación y «descarte», como la juventud indígena. Son jóvenes que sufren condiciones agudas de vulnerabilidad y que terminan como víctimas de la drogadicción y otras adicciones, que son incorporados en las redes del narco-negocio o en las pandillas violentas, que son objeto de la trata de seres humanos. Ellos completan en su carne la pasión de Cristo. ¿Cómo se realiza concretamente la «opción preferencial por los pobres» respecto de todos esos contingentes juveniles? ¿Cómo se hace presente la Iglesia entre ellos? ¿Cómo se edifican las comunidades cristianas acogéndolos y promoviéndolos como sujetos de su propia vida y de su propia fe? ¿Cómo la palabra y las obras de la Iglesia se convierten en clamor profético por la dignificación de esos hermanos y la construcción de sociedades más fraternas para

todos? Son preguntas interpelantes para todas las comunidades cristianas de América Latina.

Educación en el compromiso social y político

21. La Iglesia tiene que ser educadora de nuevas generaciones juveniles que vivan su cristianismo como servicio a la sociedad, protagonistas de la construcción de condiciones de paz y justicia, solidaridad y fraternidad en todos los países de América Latina. En este sentido, la fe cristiana ha de ser antídoto contra la apatía, el individualismo y la indiferencia. Ha de ser profecía contra la esclavitud de los ídolos del poder, del dinero y del placer efímero. La Doctrina Social de la Iglesia tiene que estar bien incorporada en el discipulado juvenil, para que los jóvenes católicos crezcan con clara conciencia de las dimensiones sociales y políticas del Evangelio. Por eso, hay que alentar a todos los compromisos que los jóvenes asumen en los servicios de asistencia y voluntariado, así como en los liderazgos sociales y populares.

Hay que contrarrestar también el «creciente desencanto por la política y particularmente por la democracia» (DA 77). No se debe olvidar que la participación en ellas es «fruto de la formación que se hace

realidad solamente cuando los ciudadanos son conscientes de sus derechos fundamentales y de sus deberes correspondientes (idem.)». Más aún, se necesita una nueva generación de jóvenes latinoamericanos que rehabiliten la vida política como alto servicio de la caridad y que se preparen y comprometan a asumir responsabilidades en ella, animados coherentemente por la fe y las enseñanzas de la Iglesia, así como movidos por el amor a sus pueblos y la búsqueda del bien común. El Papa Francisco pide a los jóvenes que no «balconeen» la vida, que se metan en ella, que sean protagonistas del cambio. Toca a los Pastores crear modalidades nuevas y oportunas para acompañar a los jóvenes que, en medio de grandes dificultades, se asoman a la vida política, para que también en esa responsabilidad lleguen a ser testigos de Cristo y constructores valientes de formas más humanas de vida para todos.

Toda la comunidad cristiana responsable de la pastoral juvenil

22. Señala el Papa Francisco que «la proliferación y crecimiento de asociaciones y movimientos predominantemente juveniles pueden interpretarse como una acción del Espíritu que abre caminos nue-

vos acordes a sus expectativas y búsquedas de espiritualidad profunda y de un sentido de pertenencia más concreto. Se hace necesario, sin embargo, ahondar en la participación de éstos en la pastoral de conjunto de la Iglesia» (EG 105). Resulta fundamental llevar adelante una pastoral de comunión y colaboración entre todas sus instancias de vida. Diócesis, parroquias, familias, escuelas, comunidades religiosas, movimientos y nuevas comunidades han de operar juntos, en plena comunión y colaboración para la misión. A través de esa diversidad de instituciones, carismas y modalidades se enriquece la educación y evangelización de la juventud. Hay que evitar las situaciones de «feudos» incomunicados. Al contrario, debemos saber aprender los unos de los otros. Hoy día, el florecimiento de movimientos eclesiales y nuevas comunidades que atraen y movilizan a muy numerosos jóvenes, ayudándolos a crecer en la fe como compañía comunitaria y en itinerarios y métodos de educación cristiana, pueden ofrecer contribuciones muy valiosas para el conjunto de la pastoral juvenil. Los Obispos han de saber y practicar el arte de ser signos y constructores de unidad, con un discernimiento de conjunto y un aliento de todas esas modalidades de aproximación cristiana a los jóvenes.

Concluyendo su alocución a los Miembros y Consejeros de la Comisión Pontificia para América Latina, el 28 del febrero del 2014, el Santo Padre Francisco señalaba lo siguiente:

«Queridos hermanos, los jóvenes nos esperan. No los defraudemos. Los invito a asumir este desafío con decisión. Que las comunidades cristianas de América Latina y el Caribe sepan ser acompañantes, maestras y madres de todos y cada uno de los jóvenes. Educar a los jóvenes, evangelizarlos y convertirlos en discípulos misioneros es tarea ardua, paciente, pero muy urgente y necesaria. Les confieso que vale la pena. Saluden a los jóvenes en mi nombre y díganles que les pido el favor de que recen por mi (...)».

Y despidiéndose en el aeropuerto de Río de Janeiro, al concluir la Jornada Mundial de la Juventud, agregó: «Yo seguiré alimentando una esperanza inmensa en los jóvenes del Brasil y del mundo entero: por medio de ellos Cristo está preparando una nueva primavera en todo el mundo».

TIPOGRAFÍA VATICANA

PONTIFICIA COMISIÓN PARA AMÉRICA LATINA



LA EMERGENCIA EDUCATIVA
Y LA *TRADITIO* DE LA FE
A LAS NUEVAS GENERACIONES
LATINOAMERICANAS

Recomendaciones Pastorales

REUNIÓN PLENARIA 2014

ISBN 978-88-209-9371-9



9 788820 993719

€ 5,00



LIBRERIA EDITRICE VATICANA